

El cinismo del poder

Francesc Foguet i Boreu

Stalin, de la novela *Une exécution ordinaire*, de Marc Dugain. Adaptación y dirección: Josep M. Flotats. Intérpretes: Josep M. Flotats, Carme Conesa, Pere Eugeni Font, Pep Sais, Pepa Arenós, Francesc Pujol, Vladimir Lukin y Alexander Korothov. Escenografía: Jon Berrondo. Diseño de luces: Albert Faura. Sonido: Jordi Bonet. Vestuario: Miriam Compte. Teatre Tívoli de Barcelona, 29 de diciembre de 2007.

La historia del siglo xx dejó una recua de dictaduras y catástrofes devastadoras. La polarización ideológica extrema entre fascismo y comunismo creó auténticos monstruos —Hitler, Mussolini, Stalin o Franco— con regímenes sanguinarios que fomentaban su poder autoritario entre el terror y la represión implacables. *Stalin*, basada en la novela *Une exécution ordinaire*, de Marc Dugain, nos remite a los últimos meses de vida del dictador soviético. Sitiado y enfermo, Stalin busca consuelo en el don magnético de Olga, su doctora en un hospital de Moscú. Situada en el contexto de la represión conocida como de «las batas blancas», que se abatió sobre los médicos de origen judío, la obra nos acerca al dictador soviético a través de una pareja de científicos, Olga y Vassili, que ven su vida íntima —el único espacio de libertad que les quedaba— trastornada por los intereses de uno de los dictadores más sanguinarios de nuestra historia contemporánea.

Stalin pone en boca del mismo dictador soviético el carácter aleatorio del ejercicio de poder y el cinismo que comporta apropiarse la representación del pueblo para mantenerlo bajo su dominio. El personaje de Stalin, una mezcla de paranoia y perspicacia crepusculares, razona la falta de lógica del siste-

ma y el factor del azar como arma política para hacer aún más efectivas las delaciones, las purgas y la represión que, en cualquier momento, pueden caer no sólo sobre los que conspiran para obtener el poder, sino sobre los más inocentes. El terror estalinista suscita un culto a lo sagrado, al líder indiscutible, para mantener a ralla a las masas y, con toda la insolencia del mundo, disfraza de objetivos populares y de grandes proyectos colectivos, las luchas internas por el poder.

La adaptación teatral de la novela de Dugain repasa también, desde la óptica de uno de los líderes que contribuye a diseñarla, los avatares de la política internacional posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en la cual la URSS alarga sus tentáculos sobre media Europa i aviva el fuego con el «enemigo» capitalista. El personaje de Stalin, ambicioso y cruel, aspira en hacerse eterno a través de su colosal obra de gobierno, construida sobre miles y miles de cadáveres. Como apéndice final, del Moscú de los años 1952-1953 pasamos a la Barcelona de 2007, donde el hijo de Olga y Vassili cuenta el final de la historia de sus padres y, en una pírueta demasiado esquemática, enlaza el pasado con el presente de Rusia, sometida a un nuevo dictador —aunque sea con el aval de las urnas— lla-

mado Vladimir Putin. Hijo del cocinero de Stalin y miembro de la temible KGB, el presidente Putin tiene carta blanca para sacarse de encima a los disidentes y, con el consentimiento de los países europeos, emprender una política de veleidades imperiales.

El punto de ironía fúnebre de la interpretación de Flotats llega a conseguir chispas de brillo cuando las palabras de Stalin nos revelan todo el cinismo sádico con el que el dictador ejercía el terror. O cuando, con tono de farsa ubuesca, nos ofrece un personaje que, aunque vivió constantemente torturado para mantener el poder sea como fuera, es también un hombre como cualquier otro: capaz de odiar pero también de emocionarse y reírse con *El gran dictador* (1940), de Chaplin. Inevitablemente, el actor y director «flotatsea» en exceso y muestra alguno de sus tics interpretativos más diferenciales, pero eso no quita que, en conjunto, aún sea uno de los pocos intérpretes que sabe suavizar con matices, las texturas y los repliegues de los textos. Como adaptador y director, Flotats ha escogido un ritmo demasiado lento y unas transiciones marcadas que entorpecen las dosis de intriga y de misterio con los cuales se adorna el montaje.

Bajo el abrigo del maestro, Carme Conesa encarna una Olga que acierta en graduar el instinto de supervivencia y la progresiva sumisión y despersonalización a la que le somete Stalin. Con más dificultades, Pere Eugeni Font representa un Vassili convincente, sobre todo cuando pierde las ganas de vivir con la lejanía obligada de su Olga. Si Flotats no acaba de dominar la monstruosidad de un personaje histórico como el de Stalin, porque en el juego de simulaciones no dejamos de ver a Flotats haciendo de Stalin, Conesa y Font secundan con mucha dignidad la exhibición del divo que, hay que

decirlo todo, a lo mejor está mucho más contenido —los rigores soviéticos imponen— que en espectáculos anteriores.

La escenografía, con ecos claramente constructivistas, sitúa la acción en un espacio cerrado, de grises intensos y negros goyescos, presidido por la omnipresencia del terror. Con algunas proyecciones plásticas que ponen color a una atmósfera opresiva, el espacio escénico, entre kafkiano y orweliano, no deja grietas, ya que el sistema soviético promueve las medidas más absurdas pero eficaces, de autocontrol y autocensura sociales. Con la excepción de Stalin, que ejerce —sin concesiones— el dominio marcial sobre todo lo que le rodea, el resto de personajes se sienten atrapados en una trampa absurda y delirante que puede acabar, en cualquier momento, con todas las esperanzas de futuro.

La nueva vuelta a la escena catalana del hijo pródigo puede ser aplaudida, con la discreción debida, por el hecho de que enriquece con una obra inquietante y potente, nada inocua, la estética gris de Barcelona. Flotats ya había hecho una operación parecida con el multipremiado *París 1940* (2002), aunque ahora el texto de salida es una novela de éxito reciente en Francia. Mientras algunos teatros oficiales y otros que también reciben dinero público se doblan a la comercialidad más desmedida, mientras el riesgo estético es prácticamente inexistente —incluso en algunas salas se jactan de ello—, una apuesta como la de Flotats, llegada desde la empresa privada y pensada para el teatro comercial, merece sin embargo, un cierto respeto. Como podían merecerlo Borràs o Xirgu cuando volvían a casa. La factura de *Stalin* no llega a la excelencia, pero el resultado global es lo bastante satisfactorio y al fin y al cabo, eleva el listón de una cartelera decididamente demasiado anodina.



■ *Stalin*, de Marc Dugain. Dirección: Josep M. Flotats. Intérpretes: Josep M. Flotats, Carme Conesa. Teatre Tívoli, 29 de diciembre de 2007.